

Martín Alonso las peores intenciones, cuando en realidad el marino de Palos se le volvió a juntar el 6 de enero siguiente en la costa septentrional de la Española. No parece que entre los dos personajes existiera mucha concordia, posiblemente debido al carácter en extremo receloso del Almirante. En el viaje de regreso un temporal separó la Punta de la Niña (14 de febrero), de modo que siguieron rumbos distintos. La Vinta navegó con sumas dificultades hasta el 4 de marzo, fecha en que avistó las costas de España y pudo refugiarse en el puerto de Bayona, de Galicia. En la misma fecha, Colón llegaba a Lisboa.

Desde Bayona, Martín Alonso dirigió un correo a los Reyes Católicos; pero éstos no quisieron recibirle sin ir acompañado del Almirante. Entonces puso proa a Palos, donde entró el 15 de marzo, el mismo día que también Colón recalaba en este puerto. Pero mientras el Almirante se preparaba a gozar de la fama histórica, Martín Alonso, aquejado de grave enfermedad, era retenido en su lecho de muerte en Palos de Moguer. Murió a los pocos días, probablemente el 31 del mismo mes, sin que pudiera defender, ante los Reyes Católicos y ante la Historia, la parte esencial que tuvo en el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Uno de los más audaces constructores de la estirpe: el ingeniero español Torres Quevedo, por Miguel Sánchez Mazas

Hace ahora cien años, veía la luz en un pueblo santanderino, Santa Cruz de Iguña, uno de esos genios sorprendentes que, de cuando en cuando, echa al mundo nuestra raza; pero esta vez fué un genio de un estilo, en cierto modo, inesperado, sobre todo para la España de fines del siglo XIX. Porque el hombre de quien hablamos reunía en su espíritu, por un lado, todas nuestras cualidades peculiares, —entendimiento creador, improvisación, formación autónoma, sin maestros, originalidad para resolver, a su manera, tanto los problemas teóricos como los prácticos—, y, a la vez, una forma de talento poco habitual, ya, entre nosotros, desde el gran siglo XVI, y en ciertos aspectos, desde siempre: talento matemático y lógico de excepcional rigor y claridad; talento, además, de una rara sutileza e ingenio para la realización técnica, para la imaginación y puesta en marcha de los más audaces y desconcertantes mecanismos. Este hombre prodigioso, cuya plena madurez científica resplandecía y producía en todo el mundo frutos grandiosos por los últimos florones del imperio; éste hombre que ve arrimarse, miserablemente, al muro de las lamentaciones y de las claudicaciones, tras de la pérdida de los últimos gorones del imperio; éste hombre que venía, humildemente, a refutar que fuéramos un pueblo puramente lírico, guerrero y artista, en el momento en que más fácil se hacía creerlo, se llamaba—es preciso que el orbe de lengua castellana no olvide su nombre glorioso—Leonardo Torres Quevedo.

Construir una máquina algébrica, conducir desde un aparato que utiliza las ondas hertzianas—el telekino—un barco lleno de pasajeros, fabricar un autómata ariedrecista que siempre gana matemáticamente, la partida—y que, el año pasado, en la Exposición Cibernética de París, aún pareció milagroso a los más célebres especialistas en la nueva y extraña ciencia—y, al mismo tiempo, levantar el gigantesco transbordador sobre el Niágara, de tensión invariable y resolver aquel problema, de la indeformabilidad de los grandes dirigibles, que angustiaba, hacia 1914, a la ciencia aeronáutica, son cosas demasiado extraordinarias para no causar el asombro de una Europa civilizada que repetía mecánicamente, aquello de que Africa acaso empiece en los Pirineos, ¿Habíamos vuelto, por ventura, a aquel hermoso tiempo en que precisión y grandiosidad encontraron fórmulas de síntesis en el alma hispana; a los días, por desgracia bien cortos, en que un maestro Ciriaco lograba aquellos prodios de relojería que hoy enviamos en Suiza, y un Herrera alzaba la gran fábrica escorialense? Rigor y



Leonardo Torres Quevedo (1852-1936)

Audacia, matemática e ingeniería; delicadeza, finura lógica en el proyectar, impulso grandioso, imaginación, voluntad y temple de hierro en la realización; teoría y práctica; habíamos vuelto de nuevo a la vieja y clásica armonía que—parecía mentira hacia 1898—fué nuestro patrimonio?

Sólo queremos aquí—brevemente—recordar un nombre, no describir ni enumerar siquiera sus obras: léanse sus éxitos en las revistas españolas y sobre

todo francesas; estúdiense sus aparatos algebricos, sus autómatas, sus integradores, su telekin, algunos de los cuales aún se conservan en Madrid; veáse los trabajos dedicados en diversos países a explicar el valor de originalidad de sus ideas—entre éstos queremos aconsejar dos: uno de Maurice D'Ocague: "L'oeuvre mécanique de M. Torres Quevedo" en la "Revue de sciences pures et appliquées", y otro de J. Augusto Sánchez Pérez en un folleto, reproducción de un trabajo publicado en la Revista de la Sociedad Matemática, publicado en Madrid, con el título: "Los inventos de Leonardo Torres Quevedo". Entonces se comprenderá en qué se apoyan nuestros motivos de orgullo.

Pero, aunque no podemos dedicarnos a exponer aquí la extensa obra quevediana, no podemos tampoco pasar en silencio que el santanderino fué el fundador de la Ciencia Automática, y el que acuñó sus principales conceptos—en un momento en que la Cibernética, hija de aquella, y heredera de sus problemas, triunfa con la construcción de las grandes calculadoras electrónicas, con el homeósteto de Ashoy, con los autómatas escultores, bibliotecarios, músicos, con los mecanismos auto-reguladores que son como organismos mecánicos, y en un momento en que lógicos, biólogos, psicólogos, ingenieros y matemáticos se reúnen para estudiar los límites del automatismo y las relaciones y diferencias de autómatas, animales y hombres.

Torres Quevedo, por la claridad de sus conceptos teóricos y la amplitud de sus métodos prácticos—que

abarcan mecánica, electricidad y magnetismo—, ondas hertzianas, pura cinemática—debe ser considerado como un clásico entre quienes hoy se aplican a la Cibernética. Jamás un espíritu matemático deberá dejarse deslumbrar por los cambios técnicos traídos por un sistema de realización física más eficaz, hasta el punto de no tener en cuenta que los problemas lógicos—matemáticos esenciales son los mismos que los de antes. Piénsese que la electrónica sólo viene a proporcionar a la Automática un aumento—muy considerable desde luego—en la velocidad de movimiento interno y cálculo de las máquinas. Pero estúdiense la obra de Torres Quevedo y se verán métodos de razonamiento y de planeamiento de aparatos aplicables siempre, con cualquier tipo de energía física. Terminemos aquí haciendo notar como en su "Essel sur l'Automatique", el genial ingeniero define con especial vigor principales elementos de la **vida de relación** de un autómata; sentidos, y miembros, energía y facultad de discernimiento y elección; después de lo cual enuncia en un principio general: "Es siempre posible construir un autómata, todos cuyos actos dependan de ciertas circunstancias más o menos numerosas, según reglas que pueden imponerse arbitrariamente en el momento de la construcción". Esperemos, finalmente, que el Centenario que se propone celebrar la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid, para honrar la memoria de tan ilustre sabio tenga en todo el orbe hispánico el eco que merece esta auténtica gloria de la estirpe.

Creación del Título de Diplomado en estudios postales

La Dirección General de Correos de España ha creado, a propuesta de la Academia Ibero-Americana de Historia Postal, el Título de Diplomado en Estudios Postales que se concederá a los estudiantes de nacionalidad Hispano-Americana y Filipina que lo soliciten, previa la superación de pruebas que conduzca a una capacitación especial.

Las condiciones para el Diploma serán: Un periodo de seis meses de prácticas asiduas en determinadas Oficinas Postales y un examen sobre Geografía Postal y Legislación de Correos de España y Comparada ante un Tribunal designado al efecto, debiéndose presentar al mismo una Memoria sobre un tema histórico-postal Hispano-Americano o Filipino.

Concurso Científico de la Real Academia de Medicina de Sevilla

Plaza de España
(Torre Sur)

REAL ACADEMIA DE MEDICINA
SEVILLA

CONCURSO CIENTIFICO
1953

Para contribuir esta Real Corporación al fomento de las Ciencias Médicas, como marcan sus Estatutos en el apartado primero del Artículo 4.º y con arreglo al apartado b) del Artículo 5.º, esta Academia abre un CONCURSO CIENTIFICO En las siguientes condiciones:

- 1.ª—Se concederá un premio de CINCO MIL PESETAS (ofrecido por la Dirección General de Relaciones Culturales) y título de Académico Correspondiente, al autor del mejor trabajo sobre el tema "Estado actual del tratamiento de los pies planos".
- 2.ª—Se concederá un premio de TRES MIL PESETAS (ofrecido por la Excelentísima Diputación Pro-

vincial de Sevilla) y título de Académico Correspondiente, al autor del mejor trabajo presentado sobre el tema "El Bocio en la Provincia de Sevilla".

El Jurado calificador estará constituido por la Junta de Gobierno de la Academia, asesorada por aquellos Académicos Numerarios que por su especialización se considere de interés conocer su juicio, con arreglo a las siguientes BASES:

- 1.ª—Los aspirantes a los premios deberán remitir sus trabajos, por duplicado, antes del 15 de Noviembre de 1953, en sobre cerrado y lacrado, en cuya parte exterior se inscribirá únicamente el lema del mismo, consignando, además, en la parte superior izquierda lo siguiente: "Para el Concurso Premios de la Real Academia de Medicina de Sevilla". En sobre aparte, cerrado y lacrado, irá escrito en su exterior el mismo lema del trabajo, y en su interior una cuartilla con el nombre, apellidos, residencia, domicilio, título profesional y Facultad que lo expidió.